

**CURSILLO INTRODUCTORIO
A LA PERSONA Y ENSEÑANZA DE SAN PABLO**

Mario Alberto Molina, O.A.R.
Obispo de Quiché

Santa Cruz de Quiché, Quiché, Guatemala, 2008

**Tema 9
Pablo, testigo de la
resurrección final**

En esta catequesis estudiaremos las enseñanzas de san Pablo en torno a la resurrección final y su relación con la resurrección de Cristo.

a. La resurrección de los muertos, presupuesto doctrinal de la fe cristiana

Los primeros cristianos entendieron la vuelta a la vida de Jesucristo a la luz de la fe en la resurrección de los justos el último día de la historia humana. Esta es una fe que se abrió paso y se estableció entre las creencias del pueblo judío. Sobre todo la corriente farisea sostenía esta fe. Por eso Pablo puede afirmar: *Si no hay resurrección de los muertos, tampoco Cristo ha resucitado* (1Cor 15,14). Es decir, Cristo ha podido resucitar porque Dios había ya previsto que los justos resucitaran el último día. Por lo tanto, no es la resurrección de Cristo la que crea la fe en la resurrección; es la fe judía en la resurrección en el último día la que permite entender lo que le ha ocurrido a Jesús después de su muerte como un adelanto personal en él de lo que se esperaba que ocurriera a los difuntos en general al final de la historia humana. Por eso de Jesús se dice que es el primogénito de entre los muertos (Col 1,18; 1Cor 15,20; Rm 8,29), porque fue el primero en resucitar, adelantando al medio de la historia un acontecimiento que pertenece al final de la misma.

b. Jesús comparte con los creyentes la vida nueva de la resurrección

Este adelanto al medio de la historia de este acontecimiento final tiene el propósito de ofrecer a los creyentes un medio de salvación, un medio para escapar del mundo dominado por el pecado y la muerte, para establecerse en una vida nueva libre del pecado y de la muerte. Esto ya lo vimos en algún detalle en el Tema 4. El Espíritu Santo en el corazón de cada creyente es un reclamo de vida eterna y de resurrección. Pero esa misma posibilidad de compartir ya desde esta vida la resurrección de Cristo, abre a la posibilidad de la resurrección de los cristianos después de su muerte, al final de los tiempos.

Es doctrina segura: Si con él morimos, viviremos con él;
si con él sufrimos, reinaremos con él. 2Tm 2,11

Nosotros creemos que Jesús murió y resucitó, y que, por tanto, Dios llevará
consigo a los que han muerto unidos a Jesús. 1Ts 4,14; cf. 1Cor 6,14; 2Cor 4,14

El cristiano mira hacia su futura muerte no como el término de su vida, su disolución en la nada, sino como el paso hacia la plenitud de vida en el ámbito de Dios. El cristiano y la misma creación tienden hacia esta plenitud y anhela la liberación del pecado y de la muerte:

Sabemos, en efecto, que la creación entera está gimiendo con dolores de parto hasta el presente. Pero no sólo ella; también nosotros, los que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos en nuestro interior suspirando para que Dios nos haga sus hijos y libere nuestro cuerpo. Porque ya estamos salvados, aunque sólo en esperanza. Rm 8, 22-24

Este pasaje de la Carta a los romanos es interesante pues es el único texto en que la creación queda asociada a la humanidad en el deseo y espera de la resurrección. Los dolores de parto de la creación

pueden ser todos aquellos fenómenos naturales que de momento causan dolor, pero que a la larga se ven como fenómenos que tienden hacia la vida.

c. El retorno de Cristo

Un elemento esencial del misterio salvador de Cristo es su futura venida. Los cristianos miramos hacia el futuro, pues esa venida señala el momento de la realización plena de la salvación ya iniciada. Pablo presupone la expectativa de esa venida en todas sus cartas y en múltiples contextos. En algunos pocos lugares desarrolla el tema explícitamente.

En cuanto al tiempo y a las circunstancias, no tienen, hermanos, necesidad de que les escriba. Saben muy bien que el día del Señor vendrá como un ladrón en plena noche. Cuando la gente crea estar segura y en paz, entonces, la ruina caerá de repente sobre ellos, igual que los dolores de parto sobre la mujer embarazada, y no podrán escapar. Pero ustedes, hermanos, no viven en la oscuridad. Por tanto, el día del Señor no debe sorprenderlos como si fuera un ladrón. Todos ustedes son hijos de la luz, hijos del día; no somos de la noche ni de la oscuridad. 1Ts 5,1-5

El cristiano mira hacia el Día de Cristo, el día de su venida, como el momento de plenitud cuando se realizará plenamente la salvación que ya Cristo ha comenzado. Será el día del juicio, en el sentido que será el momento en que Dios aparte de sí para siempre a quienes han vivido apartados de Dios; y otorgue la salvación a quienes han vivido con coherencia moral para construir sus vidas para ser mejores personas.

d. La resurrección final

Los tesalonicenses expresaron su inquietud acerca de lo que pasaba con los que habían muerto. Pablo les había transmitido la idea de que la vuelta de Cristo tendría lugar durante la vida de quienes se convertían. Sin embargo, algunos creyentes habían muerto; ¿estarían en desventaja a la vuelta de Cristo?

No queremos, hermanos, que permanezcan ignorantes acerca de los que ya han muerto, para que no se entristezcan como los que no tienen esperanza. Nosotros creemos que Jesús murió y resucitó, y que por tanto, Dios llevará consigo a los que han muerto unidos a Jesús. Y esto es lo que les decimos como palabra del Señor: Que nosotros, los que estemos vivos, los que aún quedemos cuando venga el Señor no tendremos ventaja sobre los que han muerto. Porque cuando se dé la orden, cuando se oiga la voz del arcángel y resuene la trompeta divina, el Señor mismo bajará del cielo, y los que murieron unidos a Cristo resucitarán en primer lugar. Después nosotros, los que aún quedemos vivos, seremos llevados sobre las nubes por los aires junto con ellos al encuentro del Señor. De este modo estaremos siempre con el Señor. 1Ts 4,13-17;

Escuchen, voy a confiarles un misterio: no todos moriremos, pero todos seremos transformados. En un instante, en un abrir y cerrar de ojos, al son de la última trompeta —pues tocará la trompeta—, los muertos resucitarán incorruptibles y nosotros seremos transformados. 1Cor 15,51-52

Los que ya hayan muerto cuando tenga lugar la venida de Cristo resucitarán, y quienes estén vivos para entonces quedarán transformados para adquirir un cuerpo capaz de vivir en la nueva existencia junto a Dios. Pablo dedica una buena parte del capítulo 15 de la 1ª a los Corintios a explicar que con este cuerpo actual no podemos pasar a vivir en la vida gloriosa junto a Dios, sino que debemos sufrir una transformación del cuerpo. Ante la dificultad de los corintios para aceptar la resurrección pues el cuerpo mortal de los difuntos ya se habría transformado en polvo, Pablo argumenta que Dios dará a

cada uno su cuerpo propio, el que le corresponde, pero un cuerpo que no está marcado por el pecado y la mortalidad, sino un cuerpo transido por el Espíritu, un cuerpo espiritual:

Así sucederá también con la resurrección de los muertos. Se siembra algo corruptible, resucita incorruptible; se siembra algo despreciable, resucita glorioso; se siembra un cuerpo animal, resucita un cuerpo espiritual. Pues si hay un cuerpo animal, hay también un cuerpo espiritual, como dice la Escritura: *Adán, el primer hombre, fue creado como un ser con vida*. El nuevo Adán, en cambio, es espíritu que da vida. El primer hombre procede de la tierra y es terrestre; el segundo procede del cielo. Y así como llevamos la imagen del terrestre, llevaremos también la imagen del celestial. 1Cor 15,42-45.47.49

El nuevo Adán, el hombre celestial, es Cristo glorioso en su futura venida.

Pablo no aborda explícitamente el problema de dónde están o qué existencia tienen los difuntos desde su muerte hasta el momento de la resurrección. Solamente podemos citar una frase, que Pablo pronuncia de pasada cuando habla de la posibilidad de su propia muerte: *deseo la muerte para estar con Cristo, que es con mucho lo mejor* (Flp 1,23). Pablo pareciera entender que inmediatamente después de morir estará con Cristo, sin que haya llegado todavía la resurrección.

e. Dios, todo en todos

La resurrección de los muertos sella la obra salvadora de Cristo, y es el momento en que Cristo devuelve al Padre el poder que le dio para realizar la reconciliación del mundo. Es el momento de la plenitud, cuando toda la creación llegará al término para la que fue creada. Cristo llevará a conclusión la obra de amor que movió al Padre a crear el universo y a la humanidad en el mundo, con el fin de compartir su vida divina con lo que no es Dios:

Después tendrá lugar el final, cuando, destruido todo dominio, toda potestad y todo poder, Cristo entregue el reino a Dios Padre. Pues es necesario que Cristo reine hasta que Dios ponga todos sus enemigos bajo sus pies. El último enemigo en destruir será la muerte, porque *él ha puesto todas las cosas bajo sus pies*. Se sobreentiende que, cuando la Escritura dice que *todo le ha sido sometido*, queda excluido Dios, que es quien sometió todas las cosas a Cristo. Y cuando le estén sometidas todas las cosas, entonces el mismo Hijo se someterá también al que le sometió todo, para que Dios sea todo en todas las cosas. 1Cor 15,24-28

Este final muestra que Dios es la meta y fin de toda existencia, y que Cristo es mediador para que la creación y nosotros con ella alcancemos esa meta para la que fuimos creados. Esta conciencia suscita en nosotros el himno de alabanza al Padre, que Pablo eleva en Rm 16,25-27:

Al Dios que tiene poder para afianzarlos en la fe
según el evangelio que yo anuncio
y según la proclamación que hago de Cristo Jesús;
al Dios que ha revelado el misterio mantenido en secreto desde la eternidad,
pero manifestado ahora por medio de las Escrituras proféticas
según la disposición del Dios eterno,
y dado a conocer a todas las naciones
de modo que respondan a la fe;
a ese Dios, el único sabio,
sea gloria por siempre a través de Jesucristo. Amén